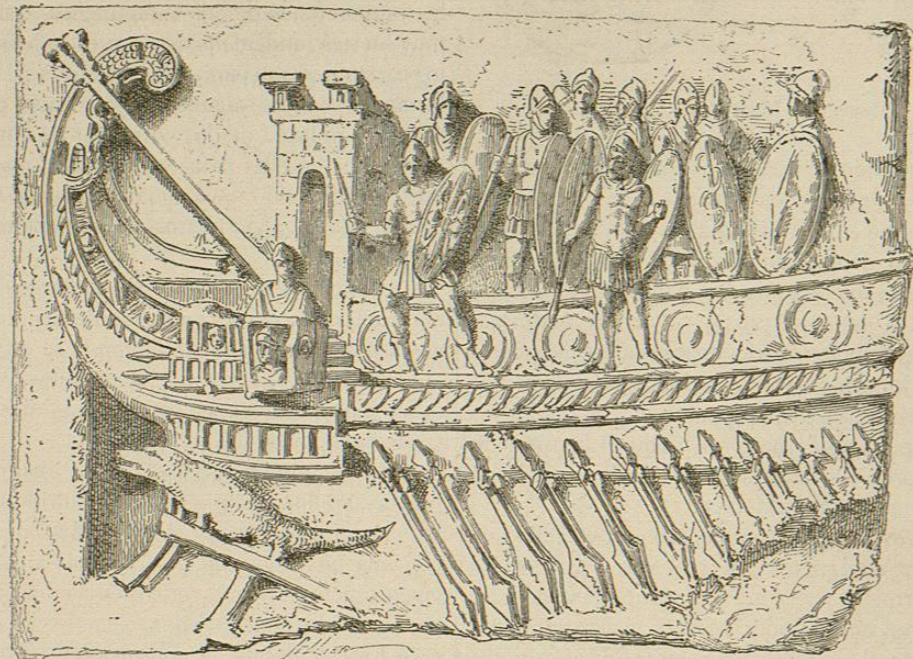


Al tercer año de esta guerra, no poseía ya Cartago en Sicilia más que algunas plazas marítimas. Pero sus flotas hacían estragos en las costas de Italia, cerraban el estrecho y hacían precaria toda conquista. El senado comprendió entonces que era preciso ir á buscar al enemigo á su propio elemento (261). Así el objeto se agrandaba retrocediendo sin cesar. Al principio no se trató más que de impedir que Mesina cayera en poder de los cartagineses; después, de expulsarlos de la isla, y ahora quería el senado expulsarlos de la mar.

III.—OPERACIONES MARÍTIMAS.—EXPEDICIÓN DE LOS ROMANOS AL ÁFRICA (260-255).

No eran los romanos tan ignorantes en cosas marítimas, como se ha supuesto: conocían la construcción y las ma-



Galera romana: bajo relieve del templo de la Fortuna en Preneste (Museo de San Germán)

al agua ciento veinte navíos y ejercitar las tripulaciones. No todos estos hombres eran marinos nuevos, como quiera que los aliados habían suministrado muchos marineros y pilotos experimentados. Se necesitaba, sin embargo, mucho valor para ir á retar con semejante flota á la primera potencia marítima del mundo. El cónsul Cornelio Escipión fué apresado, es verdad, con diez y siete barcos en una tentativa mal conducida contra las islas Eolias (Lipari), pero su colega Duilio batió cerca de Milés (Melazzo) la armada cartaginesa (260).

En las batallas navales de la antigüedad, armados los barcos de un espolón por la proa, sólo procuraban horadarse por la línea de flotación: la ligereza del barco y la rapidez de las maniobras eran entonces, como ahora, las primeras condiciones del éxito, y la chusma hacía más que los soldados que iban á bordo, ordinariamente en muy escaso número. Atenas apenas ponía diez en sus triremes. Desde la primera campaña el genio militar de los romanos les hizo inventar una nueva táctica: sus barcos groseramente contruídos con madera verde, eran pesadas máquinas que sólo á fuerza de remos podían dirigirse á chocar contra el barco enemigo. Pero Duilio hizo colocar en la proa un puente (1)

(1) Según la descripción de Polibio, poco clara por otra parte, este puente que llamaban *cuervo*, podía correrse á lo largo de las bordas y

niobras de los triremes, y se recordará que la aparición de una flota romana en el puerto de Tarento hubo de provocar la guerra de Pirro. Pero no eran aficionados al mar; desconfiaban del *pérfido elemento*, y como su vida militar había corrido en tierra, no tenían marina permanente, bien que nombraran duunviros navales para que velaran por la conservación de cierto material marítimo. Por otra parte, cuando necesitaban barcos, los pedían á sus súbditos etruscos y griegos. Mas para luchar con Cartago era menester una flota de línea, es decir una armada compuesta de barcos de alto bordo, de cinco órdenes de remos. Un quinquereme cartaginés, encallado en las costas de Italia, hubo de servir de modelo; y tal era entonces la imperfección de este arte, que ha venido á ser hoy una ciencia tan difícil, que dos meses bastaron para cortar la madera, construir y botar

que bajando sobre la galera contraria la agarraba con garfios de hierro y la mantenía inmóvil, dando paso seguro al mismo tiempo á los soldados.

Con esto, la ciencia de los pilotos cartagineses venía á ser inútil: allí no había ya más que un combate de tierra firme, donde el legionario recobraba todas sus ventajas, y Duilio había embarcado hasta ciento veinte en cada galera (2).

Cuando los cartagineses vieron avanzar á la flota romana corrieron como á una victoria segura. Treinta galeras que formaban la vanguardia fueron las primeras en llegar; pero cogidas por los garfios del puente, ni una sola pudo retirarse; hasta la almiranta, con sus siete órdenes de remos, fué apresada por aquel brazo y aquella mano de hierro, y Aníbal, el antiguo defensor de Agrigento, que la montaba, apenas tuvo tiempo para huir en un esquife. Lanzó, sin embargo, sus demás galeras contra los costados y las popas de los barcos romanos; pero á pesar de la rapidez de sus evoluciones, siempre encontraban enfrente y en amago al formidable cuervo.

Veinte galeras más fueron apresadas; había ya tres mil

caer sobre la galera enemiga por la proa, por la popa y por ambas bandas.

(2) Otros hacen subir á 200 el número de soldados que Duilio embarcó en cada una de sus galeras.

cartagineses muertos y seis mil prisioneros, y los demás huyeron espantados. El ejército de tierra levantó á toda prisa el sitio de Segesta; las tropas que defendían á Macela dejaron tomar la plaza al asalto, y el general cartaginés huyó con algunas fuerzas á Cerdeña, donde amotinados sus mismos mercenarios le dieron muerte de cruz.

Estos éxitos fueron los resultados materiales de la victoria; pero esta tuvo otro mayor: el prestigio de la superioridad marítima de Cartago estaba ya perdido, y cualesquiera que sean los desastres que el porvenir reserve á la armada romana, el senado no renunciará á la mar. Sabe ahora que puede vencerse á Cartago, y los últimos acontecimientos le han enseñado que en la mar se hace la conquista de las islas. Ya dirigía una flota contra Cerdeña y meditaba una expedición al África. Inusitados honores recompensaron á Duilio: además del triunfo, se le erigió una columna en el Foro y se le concedió el derecho de hacerse conducir por la noche á su casa á la luz de las antorchas y al son de las flautas. En la sencillez de aquel tiempo no se había sabido hacer nada mejor para honrar al primer vencedor de Cartago.

Después de la victoria de Milés, habían dividido sus fuerzas los romanos. Mientras el ejército de tierra libertaba á Segesta, el cónsul Cornelio Escipión con una parte de la flota, persiguió hasta Cerdeña á las galeras cartaginesas que se escaparon del primer desastre y las destruyó, comenzando entonces la conquista de esta isla y de Córcega, cuya capital, Aleria, tomó muy luego. Maltratado por el mar á su regreso, dedicó un santuario á *Tempestas*, y quiso que se consagrara en su sepulcro el doble recuerdo de su conquista y de la protección que le dispensara esta singular divinidad:

*Hic cepit Corsicam Aleriamque urbem
Dedit Tempestatibus aidem merito.*

Cartago envió entonces á Panormo un gran general, Amílcar. Un día, con hábiles maniobras, hubo de encerrar á las legiones en un desfiladero, de que no salieron sino por la abnegación de Calpurnio Flamma. Era un tribuno legionario, que se ofreció á ocupar con cuatrocientos hombres una colina, desde donde podía cubrir la retirada y detener ó entretener al enemigo. «Os doy la vida á tí y á la república,» dijo al cónsul. Todos perecieron en la demanda, menos el tribuno, que se encontró vivo bajo un montón de cadáveres. Recibió una corona de musgo en recompensa. «Entonces, dice Plinio, era esta la más noble recompensa (1).» Catón lo compara con Leónidas y se queja de los caprichos de la fortuna, que dejó su nombre en la oscuridad. Olvidaba sin duda que no es la muerte, sino el objeto por que se muere, lo que da la inmortalidad á la víctima. Calpurnio, como tantos soldados en nuestros anales, no salvaba más que una legión; Leónidas salvó su patria, la Grecia entera y la civilización del mundo (258).

Sin embargo, la guerra languidecía: Amílcar había destruído la ciudad de Erix (Erice), donde sólo dejó en pie el templo erigido por Eneas á su divina madre, la Vénus Eriena, que los fenicios confundían con su diosa Astartea. Transportó su población á Drepano y concentró sus fuerzas en esta ciudad y Lilibea, dos plazas inexpugnables, cuyas inmediaciones estaban cubiertas por el mar y por muchas ciudades que los cartagineses ocupaban aún en las costas y tierra adentro.

(1) Plin., *Hist. nat.*, XXII, 11; Aulo Gelio (III, VII) lo llama Cecidio; otros Laberio.

Menguando al parecer la fortuna de Roma, se produjeron peligrosas defecciones. En el centro de la isla, Enna, la ciudad santa cuya divinidad poliada, Ceres, era venerada en toda la Sicilia; en la costa meridional, la gran ciudad de Camarina, hasta Agrigento, volvieron á los cartagineses. Si las legiones, en vez de volver á Roma á fines del estío, según la costumbre, no hubieran invernado en la isla, todo estaba comprometido. Pero los cónsules de 258 recobraron las plazas perdidas, pasando á cuchillo á los principales ciudadanos y vendiendo como esclavos los demás. Era el uso establecido y practicado por una y otra parte. Entre los antiguos, cuando la ciudad sucumbía, perecían los particulares. Hacienda destruída, familia perdida, deshecho el hogar doméstico, derribados los dioses penates: ayer en los honores del patriciado, mañana en las miserias de la esclavitud: tal era la suerte de los vencidos, cuando el día de la derrota no habían caído bajo la espada del soldado ó bajo el hacha del lictor. Por el contrario, el carácter atroz de la guerra daba al patriotismo una energía que no conocemos ya.

Estos triunfos en el interior de la isla y otra batalla naval que creyó haber ganado cerca de Lipari el cónsul Atilio decidieron al senado á la más atrevida empresa. Armáronse trescientos treinta barcos, que montaron cien mil marineros soldados y los dos cónsules Manlio Vulso y Atilio Régulo con la resolución de pasar por en medio de la armada cartaginesa y desembarcar en África.

Las dos flotas se encontraron á la altura de Ecnome (2). Era el más grande espectáculo que hubiera visto aún el Mediterráneo: trescientos mil hombres iban á combatir en aquellos barcos. La armada romana, formada en triángulo de doble base, que envolvía los barcos de transporte, tuvo á raya á los cartagineses que no se atrevieron á acometer, y á pesar de una hábil maniobra para atraer mar adentro la cabeza de la flota enemiga y separarla de su poderosa retaguardia, perdieron noventa y cuatro navíos de sus trescientos cincuenta, mientras sólo veinticuatro galeras romanas se fueron á pique (256).

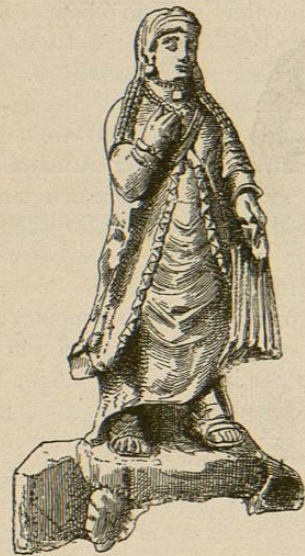
Los restos de la armada vencida fueron á refugiarse á Cartago, donde sin perder tiempo se armaron más barcos y se levantaron tropas para guardar la costa. Pero la inquietud y confusión subieron de punto cuando se supo que los romanos habían desembarcado cerca del promontorio de Mercurio ó Cabo Bueno y sitiaban ya á Clipea. Régulo no se había tomado más que el tiempo preciso para reparar las naves desmanteladas y abastecerlas de víveres. Las tropas se espantaban de una guerra en Africa, tierra de monstruos de donde se contaban tan espantables cosas, *Africa portentosa*: hasta un tribuno legionario se había atrevido á murmurar, mereciendo que Régulo le amenazara con las hachas, y el ejército partió á pesar de tan supersticiosos temores. Tomada Clipea, y no cubriendo el país ningún ejército ni plaza fuerte, se dispersaron los romanos por aquellos ricos campos, que no había pisado el enemigo, desde Agátocles, y cuya fecundidad favorecía un hábil sistema de irrigación, y en pocos días hicieron veinte mil prisioneros y un botín incalculable.

Engañado el senado por estos primeros triunfos, llamó á Manlio y sus legiones, lo cual fué una gran falta. Parece ser que Régulo solicitó igualmente volver á Roma, porque el colono que había dejado para cultivar un campo de siete arpentas, su único patrimonio, había huido con el arado y los bueyes. El senado le contestó, que todo se recobraría, que su campo se cultivaría y que su mujer y sus hijos serían asistidos á expensas del tesoro. Así tranquilizado permane-

(2) Montaña entre Gela y Agrigento.

ció en Africa con quince mil hombres y quinientos caballos, y estas fuerzas le bastaron para derrotar en todas partes al enemigo, tomar trescientas ciudades y apoderarse de Túnez á tres leguas de Cartago, después de una victoria ganada cerca de Ades, que costó á los cartagineses diez y siete mil hombres muertos, quinientos prisioneros y diez y ocho elefantes.

La ciudad estaba á las últimas. Por la enormidad del tributo impuesto á Leptis Parva, un talento diario, puede conjeturarse cuán pesado era el yugo de Cartago. Al rumor de su derrota, los súbditos se habían sublevado, y los nómadas pillaban lo que se había escapado á los romanos. Con esto se decidió á tratar. Régulo exigió: el abandono de Sicilia y de Cerdeña, un tributo anual, la entrega de todos los prisioneros romanos, el rescate de los cautivos cartagineses, la destrucción de toda la flota de guerra, la promesa de no hacer alianza ni guerra sin el consentimiento del senado romano, etc.



Astartea ó Astarté (1)

Con tales condiciones siempre era tiempo de tratar. La guerra continuó pues. Con sacrificios humanos se excitó el fanatismo del pueblo, y galeras cargadas de oro se hicieron á la mar y fueron á Grecia y España á comprar soldados. Entre los mercenarios que luego llegaron de Grecia, se hallaba el lacedemonio Jantipo, el cual se comprometió á batir al enemigo con las

fuerzas que le quedaban á Cartago, consistentes en doce mil hombres de á pie, cuatro mil de á caballo y cien elefantes. «Todo depende, decía el lacedemonio, de encontrar un campo de batalla conveniente.»

En efecto, en vez de acampar en las alturas, donde se inutilizaban la caballería y los elefantes, bajó á la llanura; y los legionarios, rotos por los elefantes y cargados por una caballería numerosa, muy luego quedaron fuera de combate: sólo pudieron escapar dos mil, que se dieron buena prisa en ir á refugiarse á Clipea; Régulo y quinientos de los más arrojados fueron hechos prisioneros: el resto quedaron en el campo de batalla. Largamente recompensado Jantipo, se alejó de Cartago antes que la gratitud hiciera lugar á la envidia.

Cartago estaba ya á salvo. Con todo esto, el ejército victorioso fué rechazado en el sitio de Clipea y batida una flota cartaginesa á vista de la misma plaza. Pero la destrucción de todo un ejército, la cautividad de un cónsul y la dificultad y peligro de atravesar á menudo un mar tempestuoso para abastecer á las legiones de Clipea, decidieron al senado á renunciar á sus proyectos sobre Africa.

Fuera de esto, un inmenso desastre cerraba también este

(1) Estatua encontrada en Fenicia, que no permite reconocer gran superioridad en los artistas de la metrópoli sobre los de Cartago. La diosa está de pie en traje de gala, y ceñida con una rica banda ó diadema, dejando pasar los trenzados cabellos que le caen sobre los hombros. Lleva dos collares simbólicos, brazaletes y sandalias con correas. El conjunto de esta vestimenta es raro y parece pesado.

camino: una furiosa tempestad había roto setenta galeras á lo largo de las costas de Camarina; era casi toda la flota romana.

Por su parte los cartagineses se dieron prisa á sujetar de nuevo á sus rebeldes súbditos: sus jefes fueron crucificados, no menos que las ciudades, pues tuvieron que aprontar nada menos que 1,000 talentos y 20,000 bueyes. Después se hicieron preparativos, tan vigorosos como rápidos para traer la guerra á Sicilia.

IV.—LA GUERRA SIGUE EN SICILIA

Una nueva flota, un nuevo ejército y ciento cuarenta elefantes partieron luego de Cartago, y muy luego fué recobrada Agrigento. Por su parte Roma construyó en tres meses doscientas veinte galeras, y flanqueando los cónsules la costa septentrional de Sicilia, tomaron por traición la plaza fuerte de Cefaleo (2) y la de Panorma (Palermo), que le dió un excelente puerto. Los habitantes de Panorma, que no pudieron pagar el rescate de dos minas de plata (200 dracmas, cerca de 200 fr.) fueron vendidos como esclavos, y hubo de estos hasta 13,000.

El año siguiente, fué la flota á devastar las costas de Africa; pero una recia tempestad destruyó otra vez á la vuelta ciento cincuenta naves cerca del Cabo Palinuro, en las costas de Lucania (253). Estos repetidos desastres hubieron de parecer una amenaza de los dioses, y el senado renunció á la mar, como había renunciado al Africa.

Fatigados ambos á dos enemigos de una guerra que se había prolongado ya doce años, descansaron sobre sus armas; los cartagineses en la fuerte posición que ocupaban al extremo occidental de Sicilia, y las legiones romanas á alguna distancia atrás, en alturas desde donde dominaban y podían observar al enemigo; sino que la inacción vino á ser dañosa á la disciplina del ejército romano y fué preciso una vez, para restablecerla, degradar á cuatrocientos caballeros que se habían negado á obedecer al cónsul, y otra vez pasar por las varas á un tribuno militar, de la ilustre familia de los Valerios (3).

Cartago, por su parte, ocupada sin duda en restablecer en Africa su dominación, bastante quebrantada por la invasión romana, se limitaba en Sicilia á una prudente defensiva: ni siquiera hizo un esfuerzo en 252 para impedir que el vencido de la primera acción naval, Cornelio Escipión, tomara el desquite en Lipari misma, apoderándose de esta isla con naves que el fiel aliado Hierón le había prestado. Y el golpe era sensible, como quiera que de Lipari partían sin cesar corsarios que hacían estragos en las costas italianas. Con esto, el año siguiente hizo Cartago un poderoso esfuerzo; y Asdrúbal con doscientos barcos, treinta mil hombres y ciento cuarenta elefantes intentó recobrar á Panorma, donde el procónsul Cecilio Metelo tenía encerrado su ejército; pero con sus tropas ligeras provocó al enemigo, lo atrajo hasta el pie de los muros, y mientras los elefantes acribillados de dardos retrocedían rabiosos sobre el ejército cartaginés introduciendo el desorden en sus filas, Cecilio lo atacó de flanco con todas sus fuerzas. Allí perecieron veinte mil africanos, y se apresaron ciento cuatro elefantes,

(2) Estaba edificada en un promontorio á pico, de donde provino su nombre griego que significa cabeza. Hoy es Cefalú.

(3) Val. Max., II, IX, 7; Front., Strat., IV. Los caballeros quedaron reducidos á la condición de erarios (*erarii*). En 252 Aurelio Pecuniola que en ausencia del cónsul Cotta, pariente suyo, dejó quedar un reducto y casi tomar su campo delante de Lipari, fué pasado por las varas de orden de Cotta, el cual lo redujo además á la condición de soldado raso. (Val. Max., II, VII, 4.)

que fueron conducidos á Roma, adonde entraron siguiendo el carro triunfal del vencedor. Considerando luego demasiado costoso mantenerlos, fueron arrojados al gran circo, para que se acostumbrara el pueblo á no temerles (251).

A su vuelta á Cartago, fué crucificado Asdrúbal por incapaz, mientras en Roma recibía Metelo grandes honores: fué dos veces cónsul, dictador, pontífice máximo, y cuando en un incendio del templo de Vesta, perdió la vista por salvar el Paladío, el pueblo le concedió el derecho, que nadie hasta entonces había tenido, de ir en carro al senado. En la oración fúnebre que el hijo del vencedor de Panorma pronunció en honor de su padre, se ve lo que un romano de aquel tiempo estimaba el bien supremo: «Ha tenido en perfección, dice, diez grandes cosas que los sabios buscan durante toda su vida. Quiso ser el mejor soldado, el primero de los oradores, el más hábil de los generales, el más eminente de los senadores, y deseó tener que manejar y dirigir bajo sus auspicios los más graves negocios, llegar á las más altas magistraturas, á la suprema sabiduría política y á una gran fortuna adquirida por honestas vías, en fin, dejar muchos hijos y ser el más considerado de sus conciudadanos.» He ahí el ideal de la virtud romana: no es muy elevado; pero si no hacía sabios en el verdadero sentido de la palabra, á lo menos hacía grandes ciudadanos.

Muchos nobles cartagineses habían sido hechos prisioneros en la batalla de Panorma y otros lo eran ya de tiempo antes. Los cartagineses propusieron un canje, y para apoyar la demanda, enviaron á Roma á Régulo. Este general había sostenido noblemente su cautiverio, y no quiso entrar en la ciudad: «No soy ciudadano,» decía como Postumio después de las Horcas Caudinas; y cuando habló sobre el canje, disuadió á los senadores de que lo aceptaran. Se hizo cuanto se pudo para que se lastimara de sí mismo: «Mis días están contados, dijo: me han dado un veneno lento.» Y partió, rechazando los abrazos de Marcia, su mujer, y de sus hijos.

Horacio ha celebrado esta leyenda tan cara al orgullo romano: «Dicen que tuvo inclinado á tierra su varonil semblante hasta el momento en que su heroico consejo triunfó de las vacilaciones del senado. Entonces ¡noble desterrado! dejó á su familia en lágrimas, bien que supiera las crueles torturas que le preparaban los verdugos africanos. Régulo apartó á los amigos que lo querían retener, y al pueblo que se oponía á su partida, con la misma expresión que, si después de haber terminado los negocios de sus clientes, fuera á descansar á los campos de Venafró ó de Tarento» (1). De vuelta á Cartago, hubo de perecer de mala muerte (2). Si esta tradición es cierta, á pesar del silencio de Polibio, no hay que olvidar tampoco los tormentos infligidos por los mismos romanos á los caudillos enemigos que caían en su poder, ni aquella otra tradición, según la cual, dos generales cartagineses entregados á la venganza de Marcia, hubieron de ser horriblemente atormentados por ella (3).

Polibio reprocha á Régulo no haber sabido precaverse contra la inconstancia de la fortuna, imponiendo al enemigo tan duras condiciones, etc. Sin duda hubiera sido más prudente curándose en sanidad; pero ¿qué general en su caso hubiera obrado de otro modo? Poniendo las miras en

(1) Carm., III, V. Sil. Ital., Pun., VI, 346-385.

(2) *Resectis palpebris, illigatum in machina, vigilando, necaverunt* (Cic., in Pison, 18).

(3) Diod., *Fragm. de Vir. et Vit.*, XXIV; Aulo Gelio, VII, IV; Zonar., VIII, 15.

un punto demasiado alto, á menudo por encima de sus fuerzas, es como hicieron los romanos cosas tan grandes. No se llega á ser un gran pueblo, á condición de ser siempre un pueblo de sabios.

La victoria de Panorma puso fin á los grandes choques de armas. Los cartagineses se replegaron otra vez al extremo occidental de la isla, á Drepano y Lilibea, adonde transportaron todos los selinontinos, después de haber destruído su ciudad. Lilibea, ceñida á uno y otro lado por una mar que hacían peligrosa hasta para los más hábiles pilotos, bancos de arena, escollos á flor de agua y rápidas corrientes, estaba cerrada del lado de tierra por una alta muralla y defendida por un foso tan amplio como profundo. En el otoño del año 250, dos cónsules, cuatro legiones y doscientos barcos de guerra bloquearon la plaza y comenzó un nuevo sitio de Troya. Los romanos procuraron al prin-



Busto de Régulo (4)

cipio cerrar la entrada del puerto echando á pique en ella quince barcos cargados de piedras; pero la corriente lo arrastraba todo. El paso quedó, pues, libre, y cincuenta galeras que llevaban provisiones á Lilibea con diez mil soldados de refuerzo, pudieron salvarlo á vista de la flota romana impotente.

Por la parte de tierra, rellenaron los romanos el foso por varios puntos y minaron la muralla; pero cuando los arietes hicieron brecha, se encontraron en frente de otro muro que Himilcon había levantado. Algunos mercenarios tramaron entregar la plaza; pero Himilcon olfateó el complot y en una salida quemó las máquinas de los romanos, los cuales se vieron obligados á trocar el cerco en bloqueo.

Cuando el nuevo cónsul P. Claudio, hijo del censor Apio, fué á encargarse del mando, las enfermedades habían causado ya muchas bajas en el ejército, y la flota cartaginesa seguía estacionada en el inmediato puerto de Drepano (Trépani). Claudio formó el proyecto de sorprenderla; sino que los presagios eran siniestros, como que los pollos sagrados se negaban á comer: «Y bien, que beban,» dijo el cónsul, y los hizo arrojar á la mar. El ejército estaba vencido de antemano por esta impiedad que Claudio no supo reparar con hábiles maniobras. Noventa y tres barcos apresados ó echados á pique, ocho mil muertos y veinte mil prisioneros fueron los resultados de la batalla de Drepano (249).

El colega de Claudio, Junio Pulo, no fué tampoco más afortunado. Estaba en Siracusa con ochocientos barcos de

(4) No respondemos de la autenticidad de este busto, que existe en el Museo Borbónico de Nápoles, y confesamos que no podemos reconocer en él al cautivo de los cartagineses, ni siquiera á un romano.

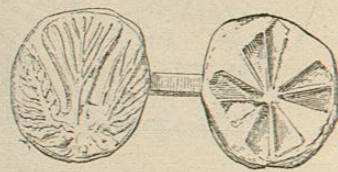
carga destinados al abastecimiento del campo militar de Lilibea; y Cartalón, que espía la partida en la costa de Agrigento, interceptó primero muchos convoyes de vituallas, y luego por medio de una hábil maniobra, rechazó toda la flota de Junio á los escollos de Camarina, donde la estrellaron los vientos, mientras huyendo él mismo delante de la tempestad fué á abrigar sus barcos detrás del cabo Paquino. Todos los navíos de transporte y ciento cinco galeras fueron las bajas de este desastroso empeño. La ocupación, cerca de Drepano, de la alta colina en que se alzaba el templo fortificado de la Venus Ericina, no compensó ni mucho menos, pérdida tan sensible.

Los desastres del año 249, el más infausto para Roma de toda la guerra, obligaron al senado á renunciar otra vez más á la armada, y llamado Claudio á la capital, se le obligó á nombrar un dictador. Eligió para esta magistratura suprema al hijo de un liberto, á Claudio Glicia, su cliente y su secretario.



Moneda de Panormia (1)

Pero el senado anuló esta irrisoria elección, y una sentencia del pueblo castigó severamente al que con tanta audacia menospreciaba las cosas divinas y humanas. Acusado Junio, como su colega, de haber despreciado los auspicios, se dió la muerte antes de su condenación: Claudio acaso le dió el ejemplo de una muerte voluntaria. Tres años después, otra sentencia hirió á esta orgullosa raza. Apretada un día por la apiñada multitud la hermana de Claudio exclamó con enfado: «¡Pluguiera á los dioses que mi hermano mandara aún los ejércitos de la república!»



Moneda de Selinonte (2)

Los ediles castigaron con una multa esta optación homicida.

Por una singular fatalidad, cuando Roma no encontraba ya más que caudillos ineptos, ponía Cartago á la cabeza de sus fuerzas hábiles generales: Himílcon, el defensor de Lilibea; Aníbal, que tan felizmente había abastecido esta plaza; Adherbal, el vencedor de Drepano; Cartalón que, antes de destruir la flota de Junio, había incendiado parte de la de Lilibea y devastado las costas de Italia; en fin, el más hábil de todos, el padre de Aníbal, Amílcar, á quien se daba el nombre de Rayo ó Relámpago, *Barca*. Por desgracia de ellos, la indisciplina era condición inmanente en los ejércitos de Cartago y una violenta sedición de mercenarios acababa de ponerla en verdadero peligro. Amílcar supo encontrar el medio de satisfacer sus exigencias conduciéndolos al pillaje de Italia.

Luego que el botín hecho en el Brucio le devolvió la confianza de sus soldados, fué audazmente á apoderarse del monte Ercte (monte Pellegrino) cerca de Panormia (247) (3). Durante seis años, todas las fuerzas de las dos

(1) Doble cabeza bajo un caballo; al reverso IANOPMI y un águila. Moneda de bronce de Panormia (Palermo).

(2) Anverso, hoja de mirto; reverso, cuadro hueco en varios compartimientos. Moneda muy antigua de Selinonte.

(3) El monte Ercte, cuyo pie baña el mar, está defendido por rocas á pico sobre sus flancos, y separado de las montañas que corren al O. de Panormia por una amplia llanura, de modo que forma una vasta fortaleza natural, dominando la ciudad desde una altura de 600 metros.

repúblicas se concentraron en este rincón de Sicilia: los romanos estaban en Panormia, en la cima del monte Erix ó Erice (4), en la antigua ciudad de este nombre, y delante de Lilibea y Drepano; y los cartagineses ocupaban estas dos plazas y el monte Ercte. Desde lo alto de esta montaña, casi inaccesible, espía Amílcar todos los movimientos del enemigo y bajaba rápidamente para detener sus convoyes, copar sus destacamentos y llevar sus estragos hasta el corazón de la isla; ó bien del puerto situado al pie de su montaña, partía en una flota de ligeras naves y devastaba el litoral italiano hasta en medio de la Campania (5). Así, por espacio de seis años, los combates fueron tan continuos como sangrientos. Hubiérase dicho que eran dos atletas de igual fuerza luchando en una roca por encima de las olas.

Los ejércitos no distaban más que algunos estadios, y todavía se acercaron más. Amílcar sorprendió la ciudad de Erix y tomó posición entre los dos campamentos romanos establecidos al pie y en la cima de esta montaña. La guerra no fué por eso más aprisa; una tenacidad igual paralizó todos los esfuerzos.

Al fin, fatigados los soldados de luchas inútiles y estimándose mutuamente por su valor «tejieron, dice Polibio, la corona *sagrada*,» que se ofrecía á los dioses cuando permanecía indecisa la victoria, y de común acuerdo se abstuvieron de pelear.

Desde el comienzo de las hostilidades, habían perdido los romanos más galeras que los cartagineses; mas para Roma, potencia continental, los barcos no eran más que madera y hierro que se reemplazaban fácilmente; mientras para Cartago, potencia marítima y comercial, eran su fuerza y riqueza; la una era como una fortaleza algunas de cuyas almenas se hubieran caído; la otra como un navío quebrantado en su obra viva. Bien claro se vió, cuando en 241, se decidió el senado á hacer un nuevo esfuerzo. Para evitar gastos, que no parecían ya necesarios y trasferirlos á sus flotas mercantes, los negociantes de Cartago hubieron de desarmar los barcos de guerra que les quedaban y dejando á Amílcar que sólo tuviera en jaque, desde lo alto de su montaña, todas las fuerzas de Roma, habían vuelto á sus largas navegaciones y á sus negocios con el mundo entero. De buen grado olvidaban aquella isla devastada, sin industria ni comercio, de donde sólo llegaban rumores de guerra y exigencias de dinero. La mar quedaba pues libre. Una flota romana reapareció en ella: para construirla, había sido preciso apelar á la abnegación de los ciudadanos. El tesoro estaba exhausto; pero el patriotismo, esa riqueza que vale más que todas las otras, el patriotismo lo llenó. Los ricos prestaron al Estado, ó á sus expensas construyeron barcos y muchos armaron corsarios. Doscientos barcos se botaron de nuevo al agua, y Lutacio tomó el mando de la armada y la condujo á Drepano.

Era á fines de invierno, y la flota enemiga que los cartagineses llamaban á sus costas por razón de economía durante esta estación, no estaba aún de regreso; de modo que Lutacio pudo sin ningún esfuerzo ni dificultad apoderarse del puerto y estrechar más y más la plaza. Cartago envió á toda prisa navíos cargados de provisiones, pero vacíos de soldados, debiendo el almirante embarcar los veteranos de Amílcar. Para llegar á Ercte, le era preciso pasar por de-

(4) El monte Erix, á 6 millas de Drepano, no tiene más que 665 metros, pero su situación aislada le hace parecer mucho más elevado. Era una posición más fuerte aún que la del monte Ercte. En su cima estaba el templo de Venus Ericina y en su falda la ciudad.

(5) Estas correrías obligaron al senado á fundar muchas colonias marítimas en Alsio, Fregenas y Brindis.

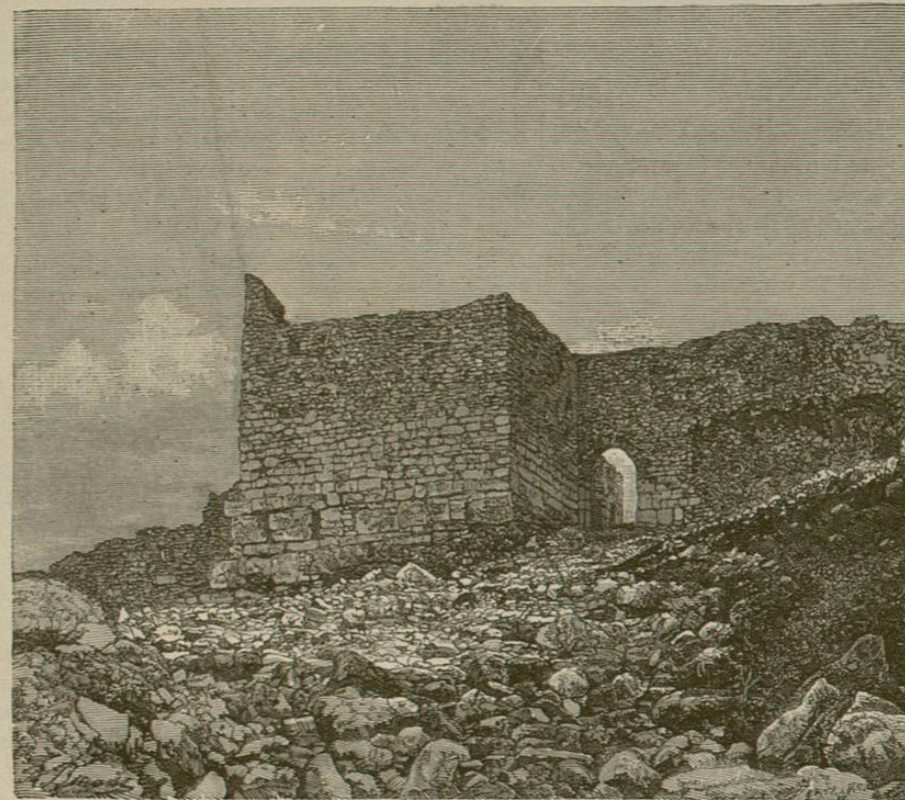
lante de Drepano, y Lutacio le cerró el paso situándose junto á las islas Egatas.

«Jamás, dice Floro, se dió batalla naval más furiosa. Los barcos cartagineses estaban cargados de municiones de boca y guerra, armas, ingenios de todas clases; la romana, al contrario, descargada, ligera y ágil se asemejaba á un ejército de tierra. Nuestros barcos obedecían al remo como los caballos al freno, y con sus espolones móviles se lanzaban tan hábilmente ya contra un barco, ya contra otro, que hubiérase dicho que eran seres animados.»

Lutacio echó á pique cincuenta de aquellos barcos sin

defensa y apresó setenta (10 marzo 241). Los romanos volvían á ser dueños de la mar y Drepano, Lilibea, Amílcar, tenían que entregarse por hambre. Por otra parte, veinticuatro años de guerras, de gastos y angustias, era ya hartos y sobrado para aquellos comerciantes, los cuales se vieron obligados á pedir por tercera vez la paz.

Lutacio quería que Amílcar entregara sus armas. «Jamás, contestó el héroe indignado, jamás os entregaré estas armas, que se me dieron para combatirlos.» El cónsul consintió, al fin, en que el ejército cartaginés evacuara libremente la Sicilia.



Ruinas de la ciudad de Erix ó Erice (1)

La paz se firmó bajo las condiciones siguientes:

Cartago no atacará á Hierón ni á sus aliados. — Abandonará la Sicilia y las islas Eolias. Entregará sin rescate todos los prisioneros de guerra. Pagará en diez años 3,200 talentos euboicos (cerca de 19 millones de francos).

«Así acabó la guerra de los romanos contra los cartagineses, respecto de la Sicilia, habiendo durado veinticuatro años sin interrupción; la más larga é importante de que jamás se haya oído hablar... Algunos griegos aseguran que los romanos sólo deben sus victorias á la fortuna. Pero después de haberse formado y hecho á las grandes empre-

sas con expediciones de tal y tanta importancia, no tenían que hacer nada mejor sino proponerse la conquista del universo mundo, y este proyecto debía darles feliz éxito» (2).

Tiene razón Polibio; y si de antemano se le hubiera podido mostrar lo que ha sido menester de sangre, lágrimas y ruinas para levantar el edificio de la grandeza romana, habría contestado sin duda: «Antes de Roma había corrido otra tanta sangre, y sin Roma hubiera corrido más. A lo menos después de su definitiva victoria, no permitió ya que se derramara por espacio de siglos.»

(1) Sacado de los *Monum. della Sicilia*, de Fr. Cavallari, parte I, tav. 26. No se vuelve á hablar de Erice en la historia romana desde su destrucción por Amílcar.

(2) Polib., I, 63. Este historiador es la fuente principal para esta guerra.